

Imitando entonaciones de Fray Luis, versificó especialmente temas religiosos y poesía elegíaca Belisario Peña (1836-1906).

De índole elegíaca, dejó un canto de merecida consagración: *Elegía en la muerte de Francisco Ortiz Barrera*, de hondo y sincero sentimiento en tasada expresión.

Con mesura y pulcritud, austeramente, alineaba sus versos Peña. Pero, con tan meticuloso rigor formalista, con tan exagerado celo de pureza verbal, que frecuentemente se hace artificioso, rígido, amanerado.

Su tónica más sostenida fue la poesía religiosa. Se distinguió, sobre todo, como cantor mariano, en varias composiciones de las cuales la más importante es su extenso y profundo *Canto a la Concepción Inmaculada de María*.

Belisario Peña se radicó en el Ecuador, y en la vecina república, en donde falleció, vivió la mayor parte de su larga vida.

Poetas religiosos fueron también el padre Teódulo Vargas (1844-1911), de cuya producción *El Crucifijo del Jesuíta* dijo Rafael Pombo: "Parece todo este canto precisión, limpieza, energía, elegancia, naturalidad de plan y ejecución. Oda clásica porque puede servir de modelo por su regularidad y aristocrática pureza"; y el obispo de Santa Marta monseñor Rafael Celedón, evangelizador de la Guajira, orador sagrado y filólogo, con su principal poema *La Asunción de Nuestra Señora*.

*
* * *

Aunque perteneciente a una generación posterior a la de los poetas relacionados en esta sección, sin embargo, tanto por la naturaleza de su poética nacional y sobresaliente orador académico Antonio Gómez Restrepo (Bogotá: 1896-1947).

Es el lirismo del insigne crítico de noble discreción sentimental, de leves tonalidades románticas. Por su versificación, de acusadas perfecciones, puede ser catalogado como un verdadero neo-clásico. Y no sólo por su versificación, sino también por algunos de los temas que trató, particularmente aquellos sus versos inspirados en motivos de la tierra y de la historia de Italia.

Sus sonetos *Ante la estatua de Marco Aurelio* y *Los ojos*, y la bella elegía *Dolor*, compuesta en ocasión de la muerte de su esposa, son piezas de justa recordación.

Con maestría tradujo Gómez Restrepo cantos de Leopardi.

Como figura intelectual es el respetable crítico —diplomático en más de una oportunidad— uno de los casos señeros, en la historia de nuestras letras, de persistente fidelidad a su vocación de escritor.

CARLOS ARTURO CAPARROSO
Catedrático de Historia de la Literatura en el Claustro de Bachillerato.

LA HISTORIA NACIONAL EN LOS DOCUMENTOS DEL COLEGIO DEL ROSARIO

NOTA INTRODUCTORIA

Por RAFAEL GUTIERREZ GIRARDOT

El discurso de Caldas que inicia esta serie de publicaciones nos descubre el ambiente intelectual reinante en la época en que se llevó a cabo el movimiento revolucionario de 1810. Caldas estaba entonces en el Colegio del Rosario, y es curioso que él mismo no haya pronunciado su discurso sino que fuera por labios de Lino de Pombo que él mostró al público el objeto de sus lecciones. En el manuscrito se encuentra la palabra Ciudadanos, de indiscutible estirpe revolucionaria francesa, tachada. Tal vez le pareció dura de pronunciar en una Capilla ante las autoridades de España.

Pero lo que más importa es la revelación de las ideas reinantes en la época. No es aventurado afirmar que el origen remoto y más indiscutible del movimiento revolucionario de 1810 está en el racionalismo que preparó las mentes para el recibimiento de las heréticas e imposibles ideas de la Revolución francesa. El amor por la naturaleza iniciado en el Franciscanismo, continuado luego en algunos místicos como Ruysbroeck (cuyas obras fueron escritas en el hermoso bosque, al parecer, de Groenendael en el valle de Ysle) conduce a la afición inmensa por las ciencias de la naturaleza, y en este sentido lleva hacia el racionalismo. Y algo debe tener Rousseau de esta corriente, el ingenuo "buen salvaje", que vemos en la obra del Padre Las Casas también aunque con otro significado e intención.

Está ya establecido que el descubrimiento de América, que marca una señal de iniciación del Renacimiento, traía consigo el germen de su independencia. Si las ideas del Renacimiento eran una reacción manifiesta y hostil contra el pensamiento organicista medieval, en materia política; si en el Renacimiento se observa el fenómeno del Estado moderno surgido en forma a base del pensamiento individualista de Maquiavelo; si todas estas y muchas otras circunstancias contribuyen a dar un tono al ambiente, mal podría pensarse que los criollos y españoles-americanos hubieran de permanecer fieles a la Corona ante las predicaciones de "soberanía", de razón poderosa y autónoma de autarquía individual que por entonces y gracias a esas ideas se regaban por el mundo de la literatura. Filosóficamente el movimiento de la Independencia no es otra cosa que la culminación en acciones de un pensamiento, que se vio provocado por otros ejemplos.

Estas son las ideas que se observan en el discurso de Caldas. En las primeras líneas nos encontramos con afirmaciones tan dicientes como la de que el hombre no puede pasarse sin la aritmética y sin el cálculo, y de que la humanidad le debe, casi es el sentido, su existencia a la astronomía y a las ciencias de la navegación. Y el afán de la "soberanía" puede intuirse en otras afirmaciones como cuando habla deleitadamente del respeto que a los navegantes les tenían en puertos distantes y ponían en alto el nombre de su patria. Y que no se diga que esto es una forma de patriotismo basado en el progreso material. La patria es algo más que la admisión que se le haga tener, por su poderío, por su soberanía, en otras naciones.

Bien podría afirmarse que el primer grito de independencia se dio, antes que la anecdótica escena del florero pusiera a los criollos a gritar, en las enseñanzas de aquellos que fueron luego héroes y apóstoles de sus ideas, o de las ideas de la época.

Edmundo O'Gorman habla de la conquista filosófica de América y establece una relación entre Descartes y el Padre Las Casas, que no es forzada porque se trata tan sólo de una línea de pensamiento que pone entre paréntesis el ingenuo y frío humanismo renacentista. Podría hablarse de una independencia filosófica de Hispanoamérica en este mismo sentido, pero estableciendo la línea de pensamiento a partir de ese mismo humanismo entroncado con el complejo de ideas racionalistas patentes a partir del Renacimiento. El discurso de Caldas sería una buena muestra de ello.

RAFAEL GUTIERREZ GIRARDOT

Discurso Pronunciado por el Colegial Lino Pombo en la Capilla
del Colegio del Rosario, Dedicando unas Conclusiones
de Aritmética y Geometría a Santo Tomás

Por FRANCISCO JOSE DE CALDAS

Señores:

Las materias que hoy proponemos como objeto de este acto literario, son de las más interesantes al género humano. El cálculo numérico y las líneas, la aritmética y la geometría siempre han sido miradas como la base de todos los conocimientos a que puede aspirar el hombre en sociedad. El cálculo mide todas las relaciones con los seres que nos rodean, y la geometría auxiliada del cálculo ensancha estas mismas relaciones, y nos hace señores y dueños de los objetos más distantes. Desde el simple labrador hasta aquel que se halla sobre el trono, desde el más contemplativo solitario hasta el hombre de Estado, desde el rústico hasta Newton; todas las clases, todas las condiciones, todos los Estados necesitan de la antorcha de estas dos ciencias bienhechoras.

El origen del cálculo se pierde en las tinieblas de los siglos más remotos: El parece coetáneo a la existencia del hombre sobre la tierra, si reflexionamos que la sociedad no puede existir sin el cálculo, que todas las naciones le han usado, que los salvajes más estúpidos tienen la aritmética, lo que es bien singular; que todos usan del sistema décuplo así en el antiguo, como en el nuevo continente, se percibirá un origen común a todos los hombres y (a) la aritmética, y que su principio comienza con el mundo.

Si el alimentarse, el vestirse y alojarse son las primeras necesidades del hombre, el cálculo es su primera ciencia. Apenas balbucea las palabras cuenta sus dedos, sus manos, sus hermanos, los objetos más inmediatos, y los más queridos. Después lleva el cálculo a sus corderos, a sus vacas, y a todos los seres que le suministran la subsistencia, las comodidades y los placeres. De aquí pasa a contar las montañas, los ríos, y cuanto rodea la cabaña.

La duración de su existencia, este deseo de medir su mansión sobre la tierra, eleva sus ideas, y da un grado de perfección a su cálculo. Las revoluciones del sol, los días le sirven de unidad, las acumula y aumentan sucesivamente. Este número crece demasiado y fatiga la imaginación: es necesario subdividirle. Las estaciones, el verdor, las escarchas, los colores, las mieses hacen como otros tantos puntos de apoyo para recomenzar el período, y el año solar se establece. La luna, siempre varía en sus aspectos, ha presentado a todos los pueblos una regla más sencilla para medir el tiempo: de aquí el año lunar. A proporción que la sociedad ha hecho progresos, que las necesidades se han multiplicado, se han multiplicado también los conocimientos. Se pretendió reunir las ventajas de estos dos años: se quiso la simplicidad del solar, y las comodidades del lunar. Se pretendió hallar las relaciones con las nuevas lunas, y de aquí el calendario y la cronología primitiva.

Cuando el género humano ya no pudo existir reunido sobre las llanuras del (Sennaar) cuando se derramó sobre la Arabia, sobre la Asia y sobre la Europa, cuando se formaron las naciones y los imperios, cuando nacieron las artes y el comercio, entonces se elevó el cálculo a un punto de perfección inesperado. Los Tirios, este pueblo situado en los confines del océano y de la tierra rodeado de los imperios más célebres, y más civilizados, con el Líbano, y famosos cedros a la mano, lo llamaban al comercio de todas las naciones. El llevó los productos de su agricultura e industria a muchos puntos del mundo conocido. En Roma, en Hesperia, en Sicilia, en Berbería, en Egipto, más allá de las columnas de Hércules, en el mismo Ponto, y generalmente en casi todos los puertos; no se veían sino flotas fenicias cargadas de púrpura, de aromas, de vasos, de telas, y conduciendo a Tiro las producciones de todos los climas y de todas las zonas conocidas, esta nación comerciante perfeccionó la utilísima aritmética. Entre las manos de los Tirios se comenzó a calcular, y se percibieron las relaciones fecundas de los números; y esta, se puede decir es la época en que comenzó a fomar un cuerpo de ciencia la aritmética: hé aquí un nuevo servicio que el comercio ha hecho al género humano. Satisfaciendo nuestras necesidades, enriqueciendo, civilizando las naciones, el comercio ha dado también nacimiento a las artes, a la aritmética, a la geografía, a la astronomía y a tantas otras.

El curso de los astros se observaba entre los laboriosos Tirios: por tal medio aseguraban su navegación, las máquinas, las fuerzas se profundizaban y elevaban sobre las ondas esos edificios enormes, esas ciudades flotantes, que llevaban a todas partes las riquezas, y el nombre fenicio, respetado y querido de todas las naciones. El llevó los productos de su agricultura e industria a muchos puntos del mundo conocido. Los puertos, las radas, los bancos, los escollos, se pintaban sobre tablas y éstas guiaban al navegante sobre las llanuras uniformes e inmensas de los mares. Así nacieron, así se elevaron estos preciosos conocimientos, y tuvo principios el cálculo, la mecánica, la astronomía y la geografía.

El Egipto tan grande, tan sabio, como tan misterioso, dio nacimiento a las líneas, y a las propiedades: en una palabra a la geometría. El Nilo con un origen incierto en la Numidia, y Abisinia se elevaba pe-

riódicamente, salía de madre, inundaba los campos y deponía un lino bien hechor, origen de la fecundidad y de la abundancia: los límites de las heredades desaparecieron, y fue necesario que la geometría restableciese el orden y la paz. Nacida en medio del fango, y de los misterios fue a prosperar (bajo) el clima feliz de la Grecia; pero los genios inmortales de Platón, de Euclides, de Arquímedes, de Apolonio, elevaron esta ciencia a un grado inconcebible de sublimidad y de perfección.

Pero el griego Pitágoras, este genio elevado y creador, enseñó verdades fecundas, verdades que la posteridad respeta y que han hecho su nombre célebre en todos los siglos. El cuadrado de la hipotenusa, la tabla que lleva su nombre, las propiedades de los números y de las líneas le harán mirar como el geómetra más ilustre de toda la antigüedad; pero el hombre abusa de todo: los números que habían revelado misterios profundos al genio de Pitágoras le sirvieron de objeto para delirar. Todo era numérico, todo armónico en el universo: las distancias de los planetas, los árboles y las plantas, en todos los seres no veía sino números y relaciones.

Entonces tuvieron origen los cuadrados mágicos tan inútiles como misteriosos. Esta es la superstición de la aritmética. La espada bárbara de los califas apagó todos los conocimientos. La escuela de Alejandría, escuela en que habían florecido Hiparco, Erastotenes, Ptolomeo; la famosa biblioteca, todo pereció (bajo) del yugo de Mahoma.

Este fanático afortunado, sembrando con una mano en Egipto, en Asia, en Europa una religión sanguinaria y voluptuosa, arrancaba con la otra las ciencias y los conocimientos: sabía muy bien que el error no puede establecerse en el país de las luces. El género humano se había vuelto a sumergir en la ignorancia más vergonzosa, si un pueblo del Asia, cansado de los horrores de la guerra, de incendios, de carnicería y de crímenes no hubiese recogido las reliquias de las ciencias, que habían escapado del furor del ignorante Omar.

Los árabes, en otro tiempo bárbaros, ladrones, salvajes han tenido esta gloria: ellos, como un depósito sagrado conservan los libros que habían perdonado las llamas. Ellos traducen, anotan, ilustran los escritores griegos, ellos arrancan del centro del Asia los conocimientos de la India y de la China, y reúnen las ciencias del occidente y del ocaso. Hay más: ellos las cultivan y hacen progresos señalados, este pueblo singular presenta las ciencias a la Europa, ella enseña a todas las naciones y es el único eslabón que reúne la respetable antigüedad con los siglos modernos. Los árabes son los padres de nuestros conocimientos y a los árabes debemos nuestras ciencias.

Así que calmó el mar tempestuoso de la irrupción de los bárbaros del Norte, las ciencias cobraron sus derechos. La aritmética árabe, el dón más precioso que esta nación célebre ha hecho a la Europa y a las ciencias, se cultivó con entusiasmo. Las fracciones, el cálculo decimal, o sexagesimal, las relaciones, las progresiones y en fin los logaritmos mudaron la faz de las ciencias, ensancharon nuestros conocimientos y nos

hicieron la faz de las ciencias, ensancharon nuestros conocimientos y nos hicieron superiores a todos los siglos que nos han precedido. Profundo Neper... (1) permite que ya que acabo de poner mis pies sobre los umbrales del templo de las ciencias te tribute este homenaje de admiración y de reconocimiento. Bien conozco que una voz débil, esta voz que se oye por la primera vez en este recinto consagrado a las ciencias, no es digna de formar tu elogio, pero sí de admirarte, de estudiar tus tablas inmortales y de seguir tus huellas.

Estos son, ciudadanos, los pasos que la aritmética y la geometría han dado en los siglos que nos han precedido. Este estudio ha hecho el objeto de mis tareas en el año escolar, que acaba, y estas las que hoy presento al público como un testimonio de respeto y amor que le profeso si yo consultara solamente mis fuerzas. Si sólo me apoyase sobre los conocimientos que he adquirido, temblaría a la vista de tantos hombres ilustrados que me van a juzgar. Pero poniendo mi confianza en el angel tutelar de las escuelas, en este modelo de sabiduría y de virtud, nada tengo que temer. El protege las ciencias, su doctrina siempre sana, siempre pura, guía este ilustre cuerpo de que tengo el honor de ser miembro. Si, santo doctor, santo sabio, protege la inocencia de mis primeros años, ilumina mis tinieblas, y sostén mi debilidad. Yo te tomo por mi protector y lleno de respeto y humildad, te consagro este pequeño dón como un testimonio público del amor que te profeso, del deseo que tengo de imitar tu sabiduría y tu virtud.

Dije.

Compuesto por el doctor don Francisco Caldas catedrático de matemáticas en nuestro colegio.

Año de 1810. (Inédito).

NOTAS CULTURALES. COMENTARIOS BIBLIOGRAFICOS.

(1) A Neper se le atribuye la tabla de logaritmos (N. de la R.).